

Espacios para un debate

CAMILO CONTRERAS DELGADO

El *dossier* que aquí se presenta recoge algunos estudios donde el cruce espacio-cultura es abordado de manera explícita. Se trata de enfoques transdisciplinarios con aportes de la geografía, antropología y sociología. Por mucho tiempo las ciencias sociales han trabajado objetos y sujetos sin espacios. A lo mucho se habla de espacios fijos, dados, acabados. Las posturas disciplinarias con sus férreas lógicas han inhibido la problematización del espacio como producto social. En el plano empírico y teórico los cuatro trabajos que conforman este *dossier* reorganizan las aportaciones disciplinarias en función del objeto de estudio, no al contrario. En este tenor Gilberto Giménez nos advierte contra la compartimentación absurda.

La geografía por su parte también tardó en dejar atrás la perspectiva objetivista en el trato de la cultura. La tradición positivista en la geografía cultural fue apenas dejada gradualmente a mediados del siglo XX. Más recientemente tuvo lugar en las ciencias sociales lo que se conoce como el “giro cultural” (*cultural turn*), que significó para la geografía,



entre otras cosas, poner más atención en cómo los paisajes, territorios y lugares son continuamente formados por los valores, las creencias, los ideales de los sujetos. De la misma manera este “giro” se traduce en aceptar la importancia cultural en sí misma y no sólo como subproducto de las formaciones económicas. El trabajo empírico mostrado por Giménez y Esparza dibujan cómo las sociedades están reflejadas y entrelazadas con el espacio que construyen cotidianamente.

¿Cuál es la relevancia del lugar y el territorio en la identidad individual y colectiva? ¿Qué sucede con el apego territorial en sociedades con alta movilidad por la migración? Estas son algunas de las preguntas centrales abordadas en “Territorio e identidad. Breve introducción a la geografía cultural”, de Gilberto Giménez. Una de las conclusiones novedosas es que ciertos pueblos (como el Valle de Atlixco) pueden ser revitalizados y reforzados por la emigración en contra de lo que frecuentemente se cree: su irremediable debilitamiento y disolución en todos los aspectos.

Otra característica de los ensayos del *dossier* es la integración de las dimensiones objetivas y subjetivas

vas. En particular el trabajo de Luis L. Esparza logra eludir la dicotomía de lo objetivo-subjetivo por medio del concepto *espacio vivido*. En “El espacio y la vida. Jerarquía, familia y parentesco en la India rural”, Esparza nos muestra sutilmente las prácticas sociales (principalmente parentales) por las que el territorio de las aldeas y las regiones es construido. Mediante “la inmersión cultural” en una aldea de la India el autor destaca que la cohesión de la comunidad (sinónimo de familia) y la identidad descansan en buena medida en el significado que el *lugar* tiene para cada miembro y para el colectivo. Mientras que en la tradición occidental hemos identificado (por las relaciones de género) al espacio público como masculino y al espacio privado como femenino, en la India rural el género del espacio matrimonial se flexibiliza y más bien depende de cómo lo percibe cada cónyuge; esto último reviste gran importancia desde el punto de vista de cómo cada individuo se ve a sí mismo y en relación a otras personas, pero además porque es una autopercepción territorializada: cómo se ve a sí mismo en relación con la aldea, la región o la comarca.

El tercer trabajo: “Vivienda, familia e identidad. La casa como prolongación de las relaciones humanas” de Alejandro García, de corte eminentemente urbano, nos sitúa frente al grupo de los pobres con una de las prácticas que parecieran de mera sobrevivencia material. La autoconstrucción también es motivo del despliegue de la solidaridad familiar y vecinal, da lugar a ilusiones sobre lo que se logrará, así como orgullo por lo logrado. El singular análisis de García da cabida a la consideración de que en la autoconstrucción también habrá algún grado de frustración. Al final de cuentas la autoconstrucción de vivienda es mucho más que pegar ladrillos, también es fuente de identificación territorial.

El cuarto trabajo (en la sección de teoría) es la revisión de uno de los conceptos centrales de la geografía: el paisaje. En “Pensar el paisaje. Explorando un concepto geográfico”, Camilo Contreras revisa



los antecedentes del término y la noción de paisaje antes de que fuera adoptado como concepto por la geografía. Si bien el análisis está centrado en la evolución conceptual en la geografía cultural, las reflexiones son aplicables a la geografía en general: evitar el fetichismo espacial atendiendo también la dimensión temporal, observar la dialéctica entre lo objetivo y lo subjetivo, y estudiar los fenómenos del paisaje en su complejidad evitando al máximo seguir la rígida lógica de las posturas disciplinarias.

Los cuatro autores que colaboramos en este *dossier* esperamos que las ideas y perspectivas presentadas contribuyan a expandir el debate en la geografía cultural, pero sobre todo en los estudios donde la parte central sea el espacio y la cultura. 🐼